

Acercóse Julian con mucha circunspeccion al pequeño soportal gótico que ponía la entrada de la casa al abrigo de los uracanes á que le exponía su situacion, y que estaba cubierto de yedra y otras plantas enredaderas, así como los botareles. Un grueso anillo de hierro, arreglado de modo que cuando se levantaba daba recayendo contra la barra que le tenía, servía de llamador. Julian recurrió á él, pero con la mas grande precaucion, por miedo de hacer demasiado ruido.

Pasóse algun tiempo sin que nadie respondiese, y se hubiera podido pensar estaba la casa inhabitada. Apurósele por fin la paciencia, trató de abrir la puerta, y como solo estaba cerrada con picaporte, lo consiguió fácilmente. Atravesó un portalillo bajo y cimbrado, con una escalera al fondo, y abrió á la mano izquierda la puerta del salon de verano, ensamblada con encina negra y cuyas mesas y sillas forradas en cuero, formaban todo el amueblado. Estaba muy sombría esta pieza, pues que penetraba muy poco la luz por una ventana, lo mismo que las otras de que hemos hablado.

Por encima de la campana de la chimenea, también de encina como la ensambladura, se dejaba ver el único adorno que había en toda la pieza y era el retrato de un oficial con el uniforme de guerra civil: la especie de gorguera que caía sobre la coraza, la banda color de naranja, y sobre todo el pelo cortado tan al rape al rededor de la cabeza, mostraban con claridad á cual de los dos partidos debía pertenecer. La mano derecha estaba sobre la empuñadura de la espada; en la izquierda tenía una biblia pequeña en que se leían estas palabras: *in hoc signo*. Tenía los ojos negros, la tez color de aceituna, y el rostro ovalado. Era una de aquellas fisonomías que inspiran una idea de melancolía é infortunio, sin ser desagradables. Conocióla muy bien Peveril, porque despues de haber mirado bastante tiempo, no pudo menos de exclamar: — ¡Cuánto daría yo porque jamás hubiera vivido este hombre, ó porque viviese aun!

— ¡Cómo! ¿qué quiere decir esto? dijo una muger que se presentó al hacer él su exclamacion; ¿vm. aquí, señor Peveril, á pesar de to-



dos los avisos que ha recibido? ¡Vm. aquí! en posesion de la casa de los otros, cuando están ausentes, y hablando solo!

—Sí, mistress Debora, respondió Julian, aquí estoy otra vez, como vm. lo ve, á pesar de todas las prohibiciones que se me han hecho, y expuesto á todos los peligros. ¿Dónde está Adelaida?

—Donde jamas la verá vm., señor Peveril, y puede estar bien seguro, respondió Debora Debbitch, pues era aquella respetable aya, que dejándose caer al mismo tiempo en una silla, comenzó á echarse aire con el pañuelo y á quejarse del calor como una señora de copete.

En efecto mistress Debbitch, aunque anunciaba por su exterior haberse mejorado considerablemente su situacion, y que sus facciones probasen que los veinte años que acababan de pasar habian producido en ella un efecto menos favorable, era en sustancia casi la misma que cuando resistia á las órdenes de mistress Ellesmere en el castillo de Martindale, es decir tan voluntariosa, ostinada y presumida

como siempre; en lo demas bastante buena persona. Su vestido era de muger de mas alto rango; sin embargo por el corte modesto de su ropa y la uniformidad del color, se conocia pertenecer á cierta secta que condenaba lo superfluo del lujo en los vestidos; pero ni las reglas de un convento ni de una sociedad de Cuákaros pueden impedir muestre una muger algo de afectacion en el vestir, cuando aun trata de hacer creer tiene algun titulo para llevarse las atenciones. Todo el atavío de Debora estaba dispuesto de modo que realizase lo mejor posible á una muger de buen parecer, cuyo exterior manifestaba el bien estar, quien se daba treinta y cinco años, y que habria tenido derecho para darse si le acomodara doce ó quince mas.

Julian se vió precisado á sufrir el fastidio de tales tonos de importancia, y esperar con paciencia que se ajustara el collarin, se prendiera algunos alfileres, tirara para adelante y echara hácia atras el capuchon, oliese un pomito de esencia, cerrara los ojos como gallina moribunda, en fin que hubiese apurado todos sus



arrumacos, y que se dignase comenzar la conversacion.

—Estos paseos acabarán conmigo, señor Peveril, y todo esto á causa de vm.; porque si mistress Christian supiese que vm. visitara á su sobrina, aseguro que miss Adelaida y yo nos veriamos bien pronto precisadas á buscar otro alojamiento.

—Vamos, mistress Debora, vamos, buen humor, dijo Julian; reflexione vm. esto, ¿no es nuestra intimidad obra de vm. misma? ¿No es vm. quien se me ha dado á conocer, la primera vez que yo vine á este valle con la caña en la mano? ¿No me ha dicho vm., que me habia cuidado en los primeros años de mi infancia, y que Adelaida habia sido mi compañera en la niñez? ¿No es muy natural que yo venga lo mas frecuente posible á ver dos personas tan amables?

—Sin duda, pero no he dicho á vm. se llegase á enamorar de alguna de nosotras, y hacer proposiciones de matrimonio ni á Adelaida ni á mí.

—Es verdad, mistress Debora; debo hacer

á vm. justicia en esta parte, ¿pero qué resulta de esto? Suceden estas cosas sin pensarlas; estoy seguro que vm. ha recibido cincuenta proposiciones semejantes, cuando menos lo esperaba.

—¡Yaya! señor Peveril, ¡vaya! suplico á vm. crea que siempre me he conducido de modo, que los de mas copete se hubieran tentado la ropa, y reflexionado bien lo que me iban á decir, tanto como el modo con que me harian semejante proposicion.

—Sin duda, mistress Debora, sin duda; pero no tienen todos esa misma discrecion. Por otra parte Adelaida es una niña, una verdadera niña, ¿y no pide cualquiera á una niña tenga á bien ser su mugercita? Vamos yo sé que vm. me perdonará porque vm. es la mejor muger del mundo.

—¡Oh no! señor Julian, no, no, exclamó Debora; es posible, ciertamente, que yo haya dicho se acuerdan sus dominios y los de ella maravillosamente, y á la verdad no hay cosa mas natural en una muger que sale de un tronco antiguo de respetables vasallos de Peveril del



Pico, desear se vieran aquéllos bellos haberes, reunidos bajo un mismo amo, lo que sucedería sin duda, si vm. se casara con Adelaida Bridgenorth. Pero está de por medio el caballero su padre de vm., milady su madre, y despues el padre de Adelaida, que tiene medio vuelto el juicio con la religion, sin olvidar á su tia siempre vestida de gorgoran negro, por ese malhadado coronel Christian, y en fin la condesa de Derby. ¿Qué no tendríamos que temer, si pensáramos desagradar en algo á estos señores? Ademas de todo esto, vm. ha faltado á su palabra con miss Adelaida, y todo está concluido entre uno y otro; yo soy de opinion de que se acabe todo esto. Tal vez aun, señor Peveril, debia yo haberlo pensado mucho antes, y antes que una niña como Adelaida hubiera pensado en recordarme tal cosa; ¡pero tengo yo un corazon tan bueno!

No hay otro adulator mayor que un amante, que desea lograr su intento.

—Vm. es la mejor y la mas servicial del mundo, Debora, respondió Julian. Pero aun no ha visto vm. la sortija que le traigo de Paris

y que quiero regalarle. Yo mismo se la pondré. ¡Qué! ¿no soy yo ya el niño que vm. queria tanto, por quien se ha dado tan malos ratos?

El consiguió sin mucho trabajo pasar al grueso dedo de mistress Debora Debbitch un anillo hermoso de oro. Debora pertenecia esencialmente á esta clase de gentes que muchas veces en la del pueblo, y algunas veces en la mas elevada, sin tener el alma venal, y sin dejarse corromper abiertamente, se inclinan á sacar el provecho que pueden de su destino, y se dejan llevar, tal vez sin advertirlo, fuera de la senda del deber, por el gusto que hallan en atenciones de poca importancia, en cumplimientos y regalitos. Debora dió vueltas y revueltas á la sortija en el dedo, y dijo por último á media voz.

—A la verdad, señor Peveril, nada se puede negar á un mozo como vm., porque, ¡los jóvenes son siempre tan porfiados! así pues vale tanto decir á vm. que miss Adelaida ha vuelto conmigo de Kirk-Truagh, y acaba de subir á la casa conmigo.



— ¿Y por qué no me lo ha dicho vm. antes? exclamó Julian. ¿Dónde está?

—Vm. haria mejor en preguntarme por que se lo digo ahora, señor Peveril; porque he obrado contra sus órdenes, se lo aseguro, y no lo hubiera dicho si no me hubiera causado lástima su exterior. Pero en cuanto á ver á vm. no lo consentirá de modo alguno. Está encerrada en su dormitorio y la puerta de encima con un buen cerrojo es una buena garantía, con que así ya ve vm. que aunque yo quisiera incurrir en el crimen de traicion, tal seria el nombre que le daria mi remilgada, es cosa imposible.

—No me hable vm. así, ¡Debora! Vaya vm.... nada mas que á probar.... pídale vm. que me oiga: dígame vm. que tengo mil excusas para no prestar obediencia á sus órdenes, dígame que no dudo vencer todos los obstáculos en el castillo de Martindale.

— Ya he dicho que todo esto es inutil. Cuando yo he visto la gorra y la caña en el portal, no hice mas que decir: — ¡Aquí está otra vez!—ella subió la escalera con la ligereza

de un cervatillo, la he oido echar las dos vueltas á la llave y correr los cerrojos, antes de poder hablar una palabra para contenerla. Extraño mucho que vm. no haya oido nada.

— Eso consiste en que yo he sido siempre un pavo, un necio que se deja llevar de ilusiones y que no sabe sacar provecho de los lances favorables que mi mala estrella me presenta pocas veces. ¡Pues bien! vaya vm. y dígame que me voy, que me ausento para nunca volver... que me voy donde jamas tenga noticia de mí, donde nadie sabrá de mí.

— ¡Santo Dios! ¡Oiganle! ¿Qué será pues de sir Geoffrey, de su madre y la condesa si se va vm. tan lejos como dice? ¿Qué será de mí, y qué de la pobre Adelaida? Porque yo estoy cierta de que ella le tiene á vm. mas amor de lo que desea se sepa. ¿Pues qué, no la veo yo sentarse todos los dias junto á la ventana, con los ojos fijos en el camino por donde viene vm. al rio para pescar, y no me pregunta de vez en cuando si la estacion es favorable á la pesca? Y en todo el tiempo que vm. estuvo en el continente, como llaman á ese pais, creo que no



se ha sonreído dos veces, sino cuando recibió aquellas dos hermosas y largas cartas que venían de tierras extrañas.

— Debora, eso es amistad, nada mas que amistad; es un recuerdo sin consecuencia, conservado en favor de un hombre, que por un efecto de su condescendencia tan digna de mi gratitud, ha venido algunas veces á turbar el sosiego de esta soledad y á dar noticias de lo que pasa por el mundo. Es cierto que yo llegué á creer una vez.... pero ya lo he dicho todo. A Dios. Al decir esto, se cubrió con una mano el rostro, y extendió la otra para despedirse de ella. Pero el buen corazón del aya no pudo resistir al ver su desconsuelo.

— ¿Por qué tanta prisa? dijo ella; voy al cuarto de Adelaida; le diré todo lo que vm. me ha dicho, y la resolveré á venir, si es que puede hacerlo una muger.

Y al decir esto, salió del cuarto para subir al de su ama.

Sin embargo, Julian se paseaba por el salón muy agitado, esperando la resulta de la embajada de Debora, cuya ausencia fué tan larga que

nos da tiempo para volver atrás y referir las circunstancias que le constituyeron en el estado que se hallaba.